

la hueste del duque de Normandía en la época del sitio de Jerusalén por los cruzados, y las excavaciones realizadas por los griegos en sus cercanías, en un terreno de su pertenencia, habían puesto al descubierto vasta y antigua cisterna que á juzgar por sus dimensiones hubo de ser un monumento público. A ella puede referirse lo que de Jeremías se cuenta; por haber profetizado cuando la invasión caldea la catástrofe de Jerusalén. fué preso por los judíos, los cuales, para ocasionarle la muerte, le bajaron con cuerdas en una cisterna donde no había agua sino lodo que le llegaba al cuello, y allí estuvo hasta que fué librado por orden del rey Sedecías.

A la salida de la misma puerta de Damasco existe una gran piscina constantemente llena, á donde abreven el ganado la guarnición y los ciudadanos.

Una piscina servía de foso á la ciudadela Antonia, y situada en el ángulo Noroeste del sagrado recinto del Templo, era conocida con el nombre de Struthión; por esta piscina tuvo que abrirse camino Tito al atacar la fortaleza. Esta ha desaparecido quedando la alberca debajo de los edificios inmediatos al antiguo Serrallo, hoy cárcel.

Antes de subir al monte Sión, demos una mirada al Djebel-Abu-Tor, llamada por los cristianos Montaña del Mal Consejo, porque allí estuvo la quinta de Caifás, en la cual deliberaron los judíos sobre la manera de perder á Nuestro Señor Jesucristo. Muchos de los judíos, refiere el Evangelista, que habían ido á ver á María y á Marta y vieron lo que hizo Jesús, resucitando á Lázaro, creyeron en él; más algunos de ellos se fueron á los fariseos y les refirieron lo que había hecho Jesús. Los príncipes de los sacerdotes, y los fariseos se juntaron en concilio y dijeron: «¿Qué hacemos, porque este hombre hace muchos milagros? Si lo dejamos así creerán todos en él y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nación». Uno de ellos, llamado Caifás, que era el Sumo Pontífice de aquel año, tomó la palabra, y puso fin á la perplejidad general diciendo: «Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que os conviene que muera un hombre del pueblo y no que toda la nación perezca». El decreto fatal fué acordado y así desde aquel día pensaron como le darían la muerte.

Fuera de este pasaje célebre en la Historia Sagrada, el monte del Mal Consejo no ofrece nada de particular, y no se ven hoy en él más que ruinas y algún árbol carcomido.

IX

El monte Sión es una colina cuya elevación, con respecto á Jerusalén, será como la del monte Aventino sobre el Foro romano. Parecería mucho más elevada si se midiera su elevación por su base en el valle Gehinón. Su aspecto es amarillento y árido. En el mundo entero no hay otra cuya historia esté más gloriosamente ligada con la de la religión é Iglesia Cristiana, de la que es siempre citada como figura é imagen. Por los años del mundo 2988, David la tomó de los jebuseos, que al abrigo de una fortaleza se creían invencibles. Allí construyó un palacio, y como ésta fuese la más gloriosa de sus conquistas, no sólo fijó en ella su asiento, sino que quiso dar su nombre á la ciudad. La habitaron su hijo Salomón con sus sucesores, desplegando en las obras que allí hicieron, pompa y magnificencia real; de modo que todo cuanto hay de más notable y grande en aquella larga cadena de acontecimientos que terminan en el Mesías, recuerda la memoria de Sión.

Salomón edificó en el monte Sión la casa de madera de Líbano resplandeciente de riqueza y hermosura; aquí dió sus célebres sentencias y recibió á la reina de Labá. Por esto el monte Sión se le llama repetidas veces en la Sagrada Escritura *Ciudad de Dios, Ciudadela del rey, Casa de David, Trono de David, Palacio ó casa del rey*.

Antíoco Epífanés, asentó en el monte Sión el trono de sus crueldades. A este impío se debió la invención de un nuevo género de suplicios: daba muerte á las madres que en cumplimiento á la ley de Dios circuncidaban á sus hijos, despeñándoles desde las murallas con sus hijos al cuello. Simón Macabeo, purificó la ciudadela y entró en Sión al frente del pueblo y entre palmas, arpas y címbalos. Jeremías estuvo enfermo en la cárcel del monte Sión por haber predicho que la ciudad sería tomada por Nabucodonosor.

En frente de la actual ciudadela se encuentra un recinto muy vasto perteneciente al consulado de Inglaterra.

Cuando Prusia é Inglaterra concibieron el proyecto de establecer en Jerusalén un obispo mixto y sin nombre en los anales del cristianismo, fué preciso también pensar en la construcción de un panteón para los fieles de las diversas religiones que allí hubiera. Obtúvose de la Puerta la correspondiente autorización para edificar una capilla *para el servicio del consulado inglés*, la cual acabó por ser un hermosísimo templo, bastante capaz

para los fieles, no de una, sino de diez diócesis anglo-prusianas como la actual; todas las piezas, los bancos, las escaleras, el púlpito, el maderaje y la cubierta se trajeron de Inglaterra. Cuéntase que costó seis millones de reales.

Pasada la puerta de la ciudadela, en el punto más fuerte de la plaza de Jerusalén, hállase un vestíbulo que conduce al recinto interior, que es un conjunto de piezas en ruinoso estado en las que no se hace reparación alguna. Excepto algunos restos de columnas empujadas en las paredes, poco ó nada tiene que ver, consagrándose toda la atención del peregrino en la torre de David. Consiste su parte inferior en un fuerte muro que desde el foso se eleva formando talud, y que remata en un camino de ronda, defendido por almenado parapeto, muro que, excepto en aquellos puntos que fueron reparados por los cruzados ó por los musulmanes, ofrécese como notabilísima obra de sillaría. Sobre él se alza verticalmente antigua y maciza torre que mide veintiún metros á lo largo por diez y seis y medio á lo ancho y nueve de altura, compuesta de grandes sillares, y de ella arranca, en fin, otro cuerpo mucho más moderno que contiene varias estancias y una cisterna. Una de aquellas salas es llamada por los musulmanes *El-Mirbah Dand* (oratorio de David); desde allí, según tradición arábica, nacida quizás de otra más antigua, fijó el rey por una ventana sus ojos licenciosos en Bethsabée, siendo así que por la Biblia se sabe haber sucedido esto cuando paseaba por las galerías de su palacio. Allí, dice la misma tradición, compuso el inspirado monarca la mayor parte de sus salmos, y en especial aquél, expresión de su remordimiento, en que implora la misericordia de Dios. En lo alto de la torre ondea el pabellón otomano, y arriadas al parapeto vense dos ó tres antiguas piezas de artillería con las que se hace la salva en señaladas festividades. Desde aquella altura disfrútase del magnífico panorama de Jerusalén y sus alrededores, y esta torre fué probablemente la que, reconstruída tiempo después por Herodes, conservando la primitiva base maciza é indestructible, obra de David, pero revistiéndole de enormes y pulidas planchas marmóreas que en el día han desaparecido por completo, recibió el nombre de Fasael. Antonino de Plasencia que peregrinó á Jerusalén en el año 570, dice que las estancias de la torre servían de morada á cenobitas, y que los peregrinos iban á pasar en ella la noche por devoción. La parte maciza de la torre de David y un pozo de que hace mención Joséfo en la de Hippicos y existe aún en la torre meridional de la misma ciudadela inmediata á la puerta de Belén, es cuanto queda, en opinión de los

arqueólogos, de las tres famosas fortalezas levantadas por Herodes con los nombres de Fasael, Hippicos y Mariamna.

De mayor antigüedad, como se atribuye á la ciudad jebusea ó cuando menos davidica, es un largo fragmento de fortificación existente en aquella parte del monte Sión que por Adriano fué dejada fuera del perímetro de Aelia Capitolina.

Una estrecha escalera adherida á la peña y destinada al parecer á poner en comunicación al foso con las obras exteriores, es atribuída por M. de Sanley al recinto y á la época de los jebuseos.

Da frente á la actual ciudadela extenso cercado perteneciente al consulado de Inglaterra, y en él se levanta aislado un templo protestante que ha sucedido á la pequeña capilla autorizada por la Puerta para el servicio de aquel consulado. Bancos, escaleras, púlpito, techumbre, todas las piezas de que consta, han sido traídas de Inglaterra y dícese que su coste se aproxima á millón y medio de francos.

En él tienen entrada todas las comunicaciones protestantes, las que á la verdad, en tierra consagrada por tan gran número de religiosos recuerdos y que tantas huellas conserva de Jesucristo y los apóstoles, estuvieron bien poco acertados al elegir para su reciente templo un lugar que sólo trae á la memoria escenas de crueldad y licencia, ya que en efecto allí mismo se alzó el famoso palacio de Herodes, de que antes hemos hablado. Los demás establecimientos de la misión anglicana, como son una escuela y un hospital, se encuentran inmediatos al templo.

Todo lo demás del espacioso recinto hasta la puerta de Sión está ocupado por los armenios, cuyo nombre lleva el barrio (*Hareth-el Arman*) y de los cuales puede afirmarse que, exceptuando la mezquita de Omar, poseen los mejores edificios de Jerusalén. A poca distancia del convento de religiosas en que está convertida la casa de Anás, álzase un monasterio de varones que es el más capaz y bello que existe en Palestina; más que un claustro parece un palacio. Un patio interior separa el convento, de la iglesia, y dilatados jardines rodean uno y otra. La iglesia, construída y adornada con magnificencia, está dedicada á Santiago el Mayor, que padeció martirio en el año 44 por orden de Herodes Agrippa; consta de tres naves; decoran las paredes hermosas pinturas, y en el crucero se eleva majestuosa cúpula. Una capilla indica el sitio en que el apóstol fué decapitado á su regreso de España, á donde trajera la luz de la fe; sus discípulos trasladaron el cuerpo á Compostela de Galicia, y créese que monarcas españoles costearon las obras de la hermosa basílica dedicada á su glorioso patrón. Esto no obstante, po-

séenla los armenios, que han hecho de ella su catedral, conservando únicamente los católicos ó los Padres de Tierra Santa, la facultad de celebrar en su recinto los divinos oficios el día de la festividad de Santiago.

En la misma calle que separa los dos monasterios armenios, el de hombres y de mujeres, vese una iglesia construída por los cruzados en el área donde estuvo la casa de Santo Tomás. En el día está convertida en mezquita.

Entrando por la ciudad por la puerta de Sión, en frente del barrio de los judíos y al pie de las murallas, encuéntrase algunas miserables chozas, tristes moradas de los enfermos de lepra, á las cuales, en su expresivo poético lenguaje, llaman los árabes *casas de los descenturados*. Los infelices atacados de aquel horrible mal, viven de las limosnas que reciben, abandonados allí á su triste suerte. Aquella reclusión, empero, es considerada por ellos su libertad, conforme lo demuestra su negativa á ingresar en un hospital que para ampararlos y atenderlos fundaron los alemanes no hace muchos años. Por lo común, el número de leprosos que habitan aquellas cabañas construídas de tapia, no pasa de quince á veinte.

En los siglos medios el hospital de los leprosos, por efecto de un sentimiento piadoso, estaba situado en el lugar que ocupó la casa de Simón el Leproso, y para no tener que conducir los cadáveres de las víctimas de la lepra por las calles de la capital, una poterna practicada en el muro servía para trasladarlos al cementerio contiguo á la gruta de Jeremías.

La lepra, que muchos pueblos del Asia llaman *paparoga*, ó sea enfermedad del pecado, ha reinado siempre en Oriente. Entre los indios, persas y egipcios, como entre los hebreos, leyes severas prohibían á los aquejados de esta enfermedad aproximarse á los sanos. Los leprosos se reunían y formaban pequeñas sociedades fuera de las ciudades y en lugares deshabitados, y de ello nos refiere la Sagrada Escritura varios ejemplos.

Los edificios situados al extremo meridional del monte Sión, que los católicos construyeron y nuestros Religiosos poseyeron por espacio de tres siglos y medio, y cuyos solares había comprado el sultán de Egipto, ocupan lugares consagrados por los más sagrados misterios. Entre un grupo de miserables casas, que los musulmanes llaman *Deir Neby David* (convento del profeta David), se encuentra una mezquita musulmana, construída sobre el solar del famoso Canáculo, uno de los lugares más augustos de Tierra Santa; acrópolis de Jerusalén y Casa Real

se le puede llamar, como dice un elegante autor moderno, el *Capitosiso Parnaso* de Israel.

Después que David conquistó de los jebuseos el monte Sión, construyó allí un palacio, cerca del cual depositó, bajo un pabellón especial, el Arca Santa, y cuando murió tuvo allí su sepulcro, del que tendremos ocasión de hablar más adelante. Los triunfos y las ignominias; el doble delito y el insigne arrepentimiento; el cetro y la lira, toda la vida tan variada y dramática del Profeta Rey está allí.

Las glorias de aquel paraje de Sión, son más dulces y no menos famosas en la nueva alianza. Sabido es que en él Nuestro Señor Jesucristo instituyó la Sagrada Eucaristía, predijo la negación de San Pedro, lavó los pies á sus discípulos, pronunció aquel admirable discurso, compendio de su doctrina Santa; allí se apareció á sus discípulos el mismo día de su resurrección, y al cabo de ocho días hizo tocar sus llagas por Santo Tomás; allí reunió la primera Iglesia, sobre la que descendió el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego, se instituyó, según algunos, el Sacramento de la Confirmación, Santiago el Menor fué consagrado Obispo de Jerusalén y elegidos los primeros diáconos de la Iglesia; desde allí, finalmente, partieron los Apóstoles á fin de conquistar toda la tierra para el divino Crucificado.

Según una tradición muy respetable, esta casa pertenecía á José de Arimatea, y en ella se reunían los primeros cristianos, después de la muerte del Señor, para celebrar los sagrados misterios. Con razón ha sido llamado el Cenáculo madre y cabeza de todas las iglesias.

A principios del siglo IV, Santa Elena hizo construir en este sitio un templo magnífico de dos pisos, que recibió las reliquias de San Esteban, San Gamaliel y San Nicodemo. Allí se veneraron hasta el año 454 en que la emperatriz Eudoxia las hizo trasladar á una basílica que había edificado al Norte de Jerusalén en honor del primer mártir. El monumento elevado por la madre de Constantino, fué destruído por los sarracenos y reedificado por los cruzados, con la misma disposición de pisos. Tenía la iglesia tres naves y tres ábsides. La iglesia superior coronada de una cúpula, se determinaba por un ábside más grande y más bello, que señalaba el sito en donde estaba la Virgen y los Apóstoles cuando descendió sobre ellos el Espíritu Santo. A la caída del reino latino fué demolida de nuevo y reconstruída después por los frailes Menores hacia el año 1342. Dos siglos después se apoderaron de ella los turcos definitivamente, arrebatándosela á los Franciscanos, y la convirtieron en mezquita con el nombre que lleva aún hoy día de *Nebi Daoud* (mezquita del profeta David).

Una gruesa puerta de hierro de dos hojas unidas por enormes cadenas da á un vasto patio en donde los turcos han establecido caballerizas para sus caballos; y al rededor de la misma se agrupa un montón de irregulares construcciones que presentan á lo lejos un aspecto elegante y casi monástico. Una escalera exterior, apoyada contra el muro de una casa muy antigua, conduce á una vasta sala de estilo gótico, cubierta de un grosero estuco y sostenida por dos columnas que la dividen en dos naves paralelas.

Esta es la sala en donde Jesús hizo su última cena. ¡ En ella salió la Eucaristía de su corazón, de sus labios! ¡ En ella erigió el primer altar sobre el que ofreció el gran sacrificio del que era á la vez el sacerdote y la víctima, y que ha perpetuado á través de los siglos para consolarnos en nuestro destierro y dar la vida al mundo!

En un ángulo de la sala, una escalera de caracol, adornada de ligeras columnas, da acceso á un departamento inferior en el que no se puede penetrar por hallarse en él las mujeres del harem: es la sala del *Lavatorio de los pies*. Abriendo el Evangelio de San Juan, leamos las tiernas páginas en que el discípulo amado nos muestra al Divino Maestro á los pies de sus Apóstoles, y en donde relata las palabras de amor y de ternura que les dirigió en su adios supremo, un poco antes de tomar el camino de Getsemaní y del Calvario... ¡ Jamás habrán sido nuestras almas tan movidas de reconocimiento hacia la bondad divina! Pero, ¡ cuán profunda tristeza se experimenta al ver la soledad y el estado miserable á que está reducido aquel inefable lugar! Ningún emblema religioso, á excepción de dos pelícanos que Martorelli dice haber descubierto entre dos capiteles de columnas sosteniendo una especie de baldaquino de piedra; ningún canto de acción de gracias, ninguna oración, nada de incienso! ¿ En dónde están los creyentes? ¿ En dónde los hijos de San Francisco de Asís conducidos aquí por su Santo fundador? ¡ Un viento de muerte más terrible aún que el mismo Simoún del desierto lo ha derribado, destruído y arrancado todo!... ¡ Hoy, la ruina y el silencio, interrumpido de tiempo en tiempo por la monótona oración del musulmán!... ¡ Qué vergüenza! ¡ Qué profanación! Hace algunos años intentó un Cardenal ilustre, con la cooperación de algunas principales damas, rescatar el Cenáculo; pero es lo cierto que á menos de una recomposición completa de la política, todas las diligencias privadas se frustrarán. El turco podrá hacer muchas concesiones, mas ceder un lugar destinado al culto mahometano, jamás.

Cóntigua al Cenáculo estaba la casa que habitó la Santísima Virgen

después de la venida del Espíritu Santo, y en la cual es probable muriese.

La Sagrada Escritura, que guarda silencio sobre gran parte de la vida de la Madre del Salvador, y sólo nos habla de ella en su retiro de Nazareth, en sus ansias maternas huyendo á Egipto, recogiendo en su corazón las palabras de su Hijo ó llorando al pie de la cruz para enseñar á las mujeres cristianas que su vida lo es de humildad, retiro y dolor, no nos da ninguna noticia relativa á su muerte.

Dos opiniones se han emitido respecto de la misma: según unos, la Santísima Virgen murió en Efeso; según otros, en Jerusalén.

Fúndase la primera opinión en una carta escrita en 431 por los Padres del Concilio de Efeso al clero y pueblo de Constantinopla, pues en ella se lee el siguiente pasaje: « Por lo cual Nestorio... habiendo venido á la ciudad de Efeso, donde San Juan y la Virgen, Madre de Dios... » Comunmente se completa esta frase añadiendo: « vivieron ». Sobre este pasaje sólo pueden hacerse conjeturas. « Aun admitiendo el sentido más probable, dice el abate Mislin, que la Santísima Virgen vivió en aquella ciudad, no se desprende de ahí que muriese en ella. Vivió, á lo menos, catorce años después de la muerte de Jesús, así que pudo fácilmente ir á Efeso y regresar á Jerusalén, donde tantos motivos debían retenerla. Si esta ciudad ha sido estimada en mucho por los cristianos, con mayor razón debía serlo por la que vivía sólo pensando en su Hijo. »

Añádese á esto que San Juan no se estableció en Efeso hasta el año 66 de nuestra era, siendo probable que ya entonces la Santísima Virgen no existía. Cuando nació el Redentor tenía quince años, y entonces hubiera contado ochenta; y si hasta esta edad permaneció en Jerusalén, es de creer que no abandonó esta ciudad.

Apoyan además esta opinión en las actas del mismo Concilio, en las cuales se hace constar que la catedral donde se reuniera, estaba dedicada á la Santísima Virgen. Como en los primeros siglos se acostumbraba no levantar iglesia alguna con la advocación de un santo, sino cuando se poseían sus reliquias, ó bien en el sitio donde había sufrido el martirio, deducen de ahí que la Madre de Jesús murió en Efeso.

Tengo para mí que este segundo motivo no es concluyente. Aunque la Iglesia siguió la costumbre de honrar de un modo especial á los santos en el lugar de su triunfo, esta costumbre no era exclusiva. Los fieles proporcionábanse entonces, como se proporcionan ahora, las reliquias de los santos á quienes profesaban especial devoción, y dedicábanles altares y templos en muchos puntos á la vez. Y esto aconteció particularmente con respecto á la Santísima Virgen, pues es sabido que tan